

podere para tratar en su nombre, no se resignaba á firmar; pero había acumuladas en Sarrelouis numerosas tropas francesas, y ciento veinte escuadrones avanzaban en Alsacia «para conseguir la firma del emperador,» como decía la señora de Sevigné. Verjus, embajador de Francia en la Dieta, exigió una solución definitiva antes del 15 de agosto; y en esta fecha firmáronse dos tratados, uno entre el emperador y el rey de Francia, y otro entre éste y el rey de España. En ambos se pactaba una tregua de veinte años, durante la cual Luis XIV conservaría en su poder Estrasburgo, Kiel y los señorios y lugares del Imperio ocupados hasta 1.º de agosto de 1681 y, por otra parte, Luxemburgo, Beaumont,

Bouvignes y Chimay. Europa había, pues, cedido una vez más. Toda aquella política de violencia y de astucia había sido dirigida por una mano habilísima, la de Luis XIV, quien siempre obraba con prudencia en medio de su audacia.

El nuevo triunfo fué celebrado en Francia, y Racine, casi sin exagerar, pudo decir en un discurso pronunciado en la Academia, que el rey veía entonces á sus enemigos, «después de muchas conferencias, proyectos y lamentos inútiles, obligados á aceptar» sus condiciones, «sin haber podido, á pesar de sus esfuerzos, apartarse un solo paso del estrecho círculo que él había querido trazarles.»

LIBRO NOVENO

EL FIN DE UN PERÍODO

- I. Ojeada retrospectiva sobre la historia política (1661-1685). — II. El Estado en 1685. — III. Ojeada retrospectiva sobre la vida privada del rey. — IV. La corte de Francia en 1685. — V. La vida cortesana.

I.—Ojeada retrospectiva sobre la historia política (1661-1685)

Los años 1684 y 1685, en los que el rey cree haber vencido á Europa con la tregua de Ratisbona y á la herejía calvinista con la revocación del edicto de Nantes, señalan el término de un período de su reinado. Su matrimonio con la señora de Maintenón, celebrado en 1683, termina también un período de su vida privada. Fechas son éstas en las que conviene detenerse para abarcar con la mirada el pasado de Luis XIV, desde el año 1661.

La historia del comienzo de su gobierno, algunas horas después de la muerte de Mazarino, la habían constituido la toma de posesión de la autoridad, el asombro de la ciudad y de la corte, y muy pronto el aplauso universal; la advertencia de que en adelante hay «un rey y un rey que gobierna;» la penitencia de los héroes de la Fronda, Condé muy humilde, el Parlamento humillado y el desorden del pasado castigado en la persona de Fouquet. Y había empezado entonces una nueva era: el «método del orden» aplicado en todas partes; las grandes ambiciones propuestas al consejo de comercio; el llamamiento al trabajo y el desprecio declarado á la «vida ociosa y rastrera;» la labor de los oficios reavivada, las manufacturas del rey sirviendo de hermoso ejemplo, obras en las carreteras y en los ríos, la empresa del canal de los Dos Mares acometida, el mar ofreciéndose á Francia como camino de su fortuna, las industrias marítimas creadas, una flota recientemente construída en los mares de Poniente, otra en los de Levante, las grandes esperanzas que hacían concebir las Francias remotas del Canadá, de las Antillas y de Madagascar; las compañías de las Indias occidentales y de las Indias orientales brillantemente inauguradas y adoptando la segunda como emblema la flor de lis de oro sobre globo azul con la divisa *Florebo quocumque ferar*; la ambición de envolver al mundo en una red de vías francesas; el esfuerzo para establecer la disciplina en el reino, la actividad de los intendentes, la justicia del rey dejándose sentir en las provincias; la reforma de las leyes iniciada por la Ordenanza civil, la ilusión de reunir en la obediencia al rey y á la Iglesia á toda clase de disidentes; las primeras medidas, poco violentas aún, adoptadas contra los protestantes; la paz concertada entre Roma y los jansenistas; los honores tributados á

la inteligencia, la Academia de pintura y escultura organizada, las Academias de Inscripciones y de Ciencias instituídas, las mercedes otorgadas á los escritores y á los artistas; las grandes comedias de Molière, como *La escuela de las mujeres*, *Don Juan*, *El hipócrita* y *El Misántropo*; las primeras tragedias de Racine, las primeras sátiras de Boileau, las primeras fábulas de La Fontaine, las *Máximas* de La Rochefoucauld, las Cuaresmas y los Advientos de Bossuet; el Louvre continuado, ensanchado y decorado con la columnata; el primer Versalles de Luis XIV terminado; la *Gloria* de Val-de-Grace pintada por Mignard; la reconstitución de la fuerza militar, el esplendor de la «casa del rey,» el aumento de las tropas, la disciplina establecida; una diplomacia que trabaja en toda Europa, multitud de príncipes comprados y pagados, Dunkerque recobrada; los grandes gestos de orgullo, la gloria del rey sostenida contra España, contra el papa, contra Inglaterra; la inauguración en la primera coyuntura, que fué la muerte de Felipe IV, de la serie de conquistas á que brindaba la España en ruinas; las campañas de tomas de ciudades y la paz de Aquisgrán.

Esos acontecimientos se habían realizado, empujándose, por decirlo así, unos á otros, en siete años. La «Historia metálica (1)» relataba día por día en sus medallas los hechos más diversos, juntándolos en el orden cronológico. En 1661, Apolo, sentado en el globo adornado con las flores de lis, empuña con una mano el timón y con otra la lira; la leyenda dice: «Orden y felicidad,» y el exergo: «El rey tomando á su cargo los cuidados del imperio.» Apolo, con el látigo en alto, guía su cuadriga por el camino que marcan los signos del Zodíaco; la leyenda dice: «Dichosa Francia,» y el exergo: «Por la asiduidad del rey á sus consejos.» Harpócrates, dios del silencio, «compañero de los consejos» del rey, en actitud reposada y seguro de sí mismo, se lleva un dedo á los labios. El «Genio feliz de las Galias» anda con las alas desplegadas por un camino florido, contemplando amorosamente al Delfín á quien lleva en brazos, en 1.º de noviembre de 1661 (2). En 1662 las medallas celebran «la justicia del mejor de los príncipes» que detiene «el furor de los combates singulares;» «la excusa de los españoles delante de treinta embajadores de los príncipes,» en donde se ve en acti-

(1) *Médailles sur les principaux événements du règne de Louis le Grand*, pub. por la «Académie des médailles et des inscriptions,» París, 1702.

(2) *Ordo et felicitas. Rege curas imp. capessente*, M. DC. LXI. — *Gallia felix. Assidua Reg. in consiliis presentia*, M. DC. LXI. — *Comes consiliorum*, M. DC. LXI. — *Felix Galliarum genius. Natalis Delphini*, 1 Nov. M. DC. LXI.

tud humildísima al embajador de España, con la mano puesta sobre su corazón; «el hambre aliviado por la piedad del rey» durante el período de hambre terrible, y los «Juegos ecuestres», aquella fiesta del Carroussel en que el rey, las reinas, los príncipes y los principales cortesanos, gastaron en sus trajes cientos de miles de libras, Dunkerque de rodillas ante el rey que la acoge bondadosamente (1). Al año siguiente, conmemoran la institución de la Academia de inscripciones y medallas, la toma de Marsal en Lorena y contienen un grito de admiración, «¡Oh felicidad de nuestro tiempo!» puesto como leyenda á una imagen del rey, representado por Apolo, que ha descendido de una nube llevando en la mano derecha el cuerno de la abundancia y en la izquierda una rama de olivo, y finalmente la famosa divisa: «Yo bastaría á muchos reinos,» ó á muchos mundos (2). En 1664, Roma, apoyada en su adarga, contempla la pirámide erigida en expiación del crimen de los corsos; una Victoria alada, cuya túnica ostenta flores de lis, pisa un turbante, armas y estandartes, bajo la divisa «Alemania salvada;» «Minerva que enriquece,» sentada en un trono y cerca de ella una lanzadera, husos y una pieza de tapicería (3). En 1665 un buque navegando á toda vela simboliza la navegación próspera; un buque se frota contra una guayácana en la isla de Madagascar; una justicia ayuda á levantarse á una provincia afligida por la violencia de los magnates; el rey, con la espada en alto, hace hacer el ejercicio á sus mosqueteros (4). Y así sucesivamente van los sucesos desfilando. En 1666 celebran las liberalidades dispensadas á las bellas artes; la fundación de la Academia de Ciencias para investigar los secretos de la naturaleza y perfeccionar las artes; la apertura del puerto de Cete: Neptuno, en medio del Charente, inaugura la ciudad y el arsenal de Rochefort. En 1667, las tomas de las ciudades, Tournai, Courtrai, Douai, Audenarde, Lila, pero también las maravillas de la paz: el rey recibe de la justicia la balanza y la espada para ser el legislador justo y fuerte de las nuevas ordenanzas; Neptuno, de un golpe de tridente, abre el canal entre los dos mares; geniecillos esculpen, pintan y dibujan en una azotea desde la cual se divisa el Coliseo (son los alumnos de la Real Academia de pintura y escultura fundada en París y en Roma); el Observatorio, «la torre que observa los astros,» yérguese sobre su colina. En 1668, una Fama, tocando la trompeta, anuncia la venida del rey; Besanzón, sobrecogida por «el terror del nombre,» se arrodilla y presenta sus llaves; un legionario romano, á pesar de la escarcha que el viento arroja sobre su cara, cava la trincherá delante de Dole; una Victoria, en un carro

(1) *Justitia optimi principis. Singular. certam. furor coercit.* M. DC. LXII. — *Jus præcedendi assertum. Hispanorum excusatio coram xxx leg. pr. M. DC. LXII.* — *Fames pietate principis sublevata.* M. DC. LXII. — *Ludi equestres.* M. DC. LXII. — *Providencia principis Dunquerque recuperata.* M. DC. LXII.

(2) *Felicitas temporum.* M. DC. LXIII. — *Nec pluribus impar.* M. DC. LXIII.

(3) *Ob nef. scelus a Corsis edit. in orat. Reg. Franc.* M. DC. LXIV. — *Corsicum facinus excusatum. Legato a latere misso.* M. DC. LXIV. — *Germania servata. Turcis ad Arrabonem cæsis.* M. DC. LXIV. — *Galia vindex. Erfordia eccl. Mogunt. rest.* M. DC. LXIV. — *Minerva locupletatrix.* M. DC. LXIV.

(4) *Navigatio instaurata.* M. DC. LXV. — *Colonia Madagascarica.* M. DC. LXV. — *Provincia ab injuriis potentior. vindicat.* M. DC. LXV. — *Disciplina militaris restituta.* M. DC. LXV.

tirado por caballos alados, se ciernen sobre los llanos y montes del Condado conquistado en diez días; la Paz baja del cielo y tiende la rama de olivo al rey, que viste de romano y que la acepta con ademán majestuoso, «prefiriendo la paz á los triunfos;» Luis, muy alto y con la cabeza muy erguida, da á una España muy pequeña y humildemente inclinada un escudo en el que están las armas del Franco-Condado; el monarca, para ser fiel á su promesa, devuelve la provincia por él conquistada (5).

La historia metálica exagera mucho la verdad y habla en un tono de panegírico y de énfasis que es el de los poetas, escritores y artistas, quienes lo aprendieron de Roma, de Italia y de España; pero, de todos modos, fué una época gloriosa aquella en la cual, bajo la autoridad de un hombre á quien inspiraban y servían genios y talentos diversos, se acometieron tantas y tan diferentes empresas, que contribuyeron todas ellas á la realización de un ideal de «felicidad,» de belleza, de poder y de grandeza. Luis XIV, en 1668, creía con toda sinceridad que había correspondido á la expectación del mundo y que «las miradas de Luis engendraban maravillas.»

Durante los cuatro años de paz, desde 1668 á 1672, prosiguió la obra legislativa con la Ordenanza de las aguas y de los bosques y con la Ordenanza criminal. Colbert trabaja en los caminos y en los ríos ayudado por «comisarios de puentes y calzadas;» está todo lo satisfecho que él puede estarlo de algo, de sus manufacturas, y publica sus famosos reglamentos sobre la anchura de las telas y sobre el tinte. Hállase entonces en lo más vivo de su lucha contra Holanda, crea la Compañía del Norte y la del Levante, envía una flota para enseñar «á los príncipes de Asia una pequeña muestra del poderío del Rey,» y comienza algunas conquistas en la India y la obra de población del Canadá. Fúndanse la Academia de arquitectura y la Real Academia de música; Vansleb emprende su gran viaje en busca de manuscritos, libros y medallas de Oriente; la Academia de Roma saca un vaciado de la columna Trajana; Picard comprueba en sus viajes los cálculos de Cassini; el P. Labbe edita los *Sacrosantos concilios*; Moliere escribe sus últimas obras maestras, *Las mujeres eruditas* y *El enfermo imaginario*; Racine acaba de revelar su genio con *Británico*, *Berenice* y *Bayaceto*; circulan nuevas fábulas de La Fontaine y las cartas de la señora de Sevigné; los jansenistas publican los *Pensamientos* de Pascal; Bossuet pronuncia la oración fúnebre de Madama; Le Notre planta el jardín de las Tullerías; Bruant construye los inválidos; París es empedrado de nuevo, limpiado, iluminado y embellecido con muelles y bulevares; Mansart empieza el segundo palacio de Versalles y Versalles llega á ser ciudad.

Pero la paz, que la medalla de 1668 aseguraba haber sido por el rey «preferida» á los triunfos, en realidad hablale sido impuesta y era considerada por él como una afrenta. Desde 1668 á 1672 las artes de la guerra comienzan á prevalecer sobre las de la paz. Colbert

(5) *Terror nominis. Vesuntio capta.* M. DC. LXVIII. — *Dola Sequanorum exp. XIV. Febr. M. DC. LXVIII.* — *Victorie celeritas. Sequanorum provincia x. diebus subacta.* M. DC. LXVIII. — *Pax triumphis prælata Aquisgran.* M. DC. LXVIII. — *Promissi constantia. Provincia Sequanorum Hispanis reddita.* M. DC. LXVIII.

visita Rochefort terminada; apresura las grandes obras de Tolón, Brest y Dunkerque; hace construir en todas partes buques de guerra y exclama al fin en 1672: «He aquí creada nuestra marina;» en efecto, puede entonces poner en línea de combate ciento noventa y cuatro navas. Louvois, por su parte, durante esos cuatro años, ha establecido la uniformidad en los efectivos de las compañías, de los escuadrones y batallones y de los regimientos; entran en funciones los brigadieres; créase el regimiento de los fusileros para la defensa de la artillería; organízase los dragones, hácese obligatorio el uniforme, se fijan los sueldos, se inauguran los servicios de intendencia, se ordena la fundación de los Inválidos, los inspectores de caballería y de infantería revistan uno después de otro los regimientos y redactan sus memorias muy exactas; y Louvois y el mismo rey son admirables inspectores de ejército. La recluta en Francia y en el extranjero eleva á más del doble el antiguo contingente; Vaubán fortifica las ciudades conquistadas, Lila, Arrás, Dunkerque; los diplomáticos, dirigidos por de Lionne, laboran en las cortes grandes y pequeñas comprando la neutralidad de los unos y la servidumbre de los otros; y Lionne, Louvois y Colbert trabajan por la ruina de Holanda.

Vinieron luego los siete años de guerra, un gran esfuerzo cada año en las cuatro fronteras, pocas batallas, muchas ciudades tomadas, un ambiente de triunfo. Las medallas nos presentan una Holanda que se espanta, una Holanda vencida por el Rey vengador de los reyes, *ultor regum*, una Holanda *victoriis peragrata*, lo que significa, según dice el comentario de la Academia de las medallas, «la Holanda subyugada en tan poco tiempo como era menester para recorrerla. Ríos como el Rhin, el Isel, el Mosa, el Doubs, el Neckar, muestran los gestos clásicos del asombro y del terror; y en realidad, durante aquellos años, reinaron casi constantemente la alarma, el temor de ser invadido, que las Alanzas se deshicieron una tras otra y Europa que, al principio, estaba casi coligada contra Holanda, al final casi se coligó contra Francia. Pero Luis XIV hizo frente á numerosos enemigos, fué tan hábil como fuerte y dictó la paz.

El gobierno ha llegado á ser despótico. Al comenzar la guerra, ha prohibido á los parlamentos las representaciones, y la guerra le ha dado pretexto para completar la reducción de los Estados provinciales á la obediencia. Todo cede ante los intendentes y los ministros cuyo poder extraordinario está asegurado definitivamente. Hasta entonces, el régimen de la vida religiosa había sido casi moderado; la artificiosa «paz de la Iglesia» había, al parecer, puesto término al conflicto jansenista, y en el mismo año 1669 un edicto había dado satisfacción á quejas de los de la R. P. R. Pero cuando el rey impone obediencia á la Iglesia en la cuestión de las Regalías, comienza una crisis; el jansenismo vuelve á dar señales de vida, y el rey, á cambio de la complacencia que pide á la Iglesia en su lucha con el papa, se ve obligado en cierto modo á emplear contra los protestantes rigores, que á veces ha de templar, á fin de no exasperar á los Estados calvinistas ó luteranos. Se anuncian conflictos inextricables, en los que andarán confundidas la política y la religión. El fisco, para pagar los gastos de la guerra, aguza el ingenio en busca de nuevos recursos; reprímense atrozmente rebeliones

provocadas por la miseria, y el extranjero espera y el rey teme la defección de algunas porciones del reino. Todas las obras de la paz están comprometidas; ha sido necesario suspender ó disminuir las subvenciones á las manufacturas y á los grandes trabajos; desaparece el presupuesto de las carreteras, y las grandes compañías naufragan una tras otra.

Los años siguientes (1678-1685) los llenan el conflicto con Roma por la cuestión de la Regalía, la persecución de los protestantes y la política de las reuniones. Todas estas cosas se enlazaban unas con otras, y ora la perse-



Luis XIV

cución se agravaba á medida que se hacía más violento el conflicto con el papa, ora, por el contrario, disminuía cuando era menester no ofender á los príncipes protestantes cuya alianza ó neutralidad solicitaba el rey, quien hubo de realizar en aquel entonces prodigios de equilibrio. La declaración de 1682, la tregua de Ratisbona, la revocación del Edicto de Nantes fueron, al parecer, otras tantas victorias de Luis XIV. El trabajo intelectual hallábase en plena actividad en las academias y los eruditos se ilustraban con grandes obras; así Ducange, que había publicado su glosario latino, trabajaba en su glosario griego, y Baluze daba á la estampa su nueva colección de los concilios. El teatro ha perdido á Moliere, que ha muerto, y á Racine, que vive arrepentido; pero queda instituido el reinado de Boileau; La Fontaine publica un nuevo tomo de fábulas y entra en la Academia; Bossuet, que ha terminado la enseñanza del Delfín, compone libros con las lecciones dadas á su regio discípulo; Lulli triunfa con sus óperas, y Mansart y Le Brun acaban de componer la decoración de Versalles. El rey seguía aumentando sus fuerzas de tierra y mar, y Vaubán, que trabajaba en Dunkerque, en Brest, en Perpiñán, en Mont-

louis, en Estrasburgo, en Belfort, en Huninga y en Landau, ponía el reino al abrigo de todo ataque y en estado de potencia ofensiva. Desde la paz de Nimega, como ha dicho Michelet, Luis XIV «imperaba en Europa, no sólo por la fuerza, sino también por la admiración,» y su grandeza «se manifiesta sobre todo en la armonía que ante el extranjero ofrece esta monarquía, sean cuales sean sus miserias. En todas las cosas hay una nobleza general, indudablemente forzada y enfática como la galería grande de Versalles. La verdadera belleza del conjunto estriba en que cada parte parece conspirar por sí misma al efecto total, de una manera espontánea, apasionada. La impresión que se siente es la de una gran sinfonía variada hasta lo infinito sobre un mismo tema, la gloria del Dios mortal.»

Sin embargo, esa hermosa apariencia era engañadora; pronto veremos, en efecto, cómo las contiendas religiosas resucitan y toman caracteres trágicos; cómo palidece el esplendor de las letras y cómo a las apoteosis sucede el espíritu de examen y de crítica. Pero el mayor motivo de inquietud que entonces se ofrecía era que Francia tenía en contra suya á toda Europa y que estaba extenuada.

II.—El Estado en 1685

Francia se halla aislada y es odiada, y la fidelidad de los aliados del Norte, Dinamarca y el Brandeburgo, es dudosa. El rey los ha engañado con esperanzas de guerra y de conquistas y, una vez lograda su tregua, les ha obligado á estarse quietos; Brandeburgo se acordará de ello algún día. En Italia, cree Luis XIV que puede continuar tratando á la casa de Saboya como á una subordinada, se inmiscuye en el gobierno de la duquesa madre, hasta el punto de privarla de toda libertad, y cuando en diciembre de 1682 entra á gobernar Víctor Amadeo II, le trata con la misma descortesía, sin tener en cuenta que el joven duque, según ya se lo advirtiera su madre, sabe disimular y esperar. Los triunfos de Francia habían sido debidos, en buena parte, á la complicidad del rey de Inglaterra, quien, después de haberse visto obligado casi á hacer la guerra á Luis XIV, había vuelto á ponerse bajo su amparo. Pero sus súbditos le vigilan y el monarca francés le ha comprometido demasiado, á él y á su dinastía, á la que poco tiempo de vida le queda. La paz de Nimega había podido firmarse gracias á que Holanda faltó á sus compromisos con sus aliados; pero el partido republicano civil, que había querido aquella defeción, hallábase en minoría en las Provincias Unidas y Guillermo de Orange esperaba su desquite. La casa de Austria manteníase irreconciliable: España no podía olvidar que en Aquisgrán, en Nimega y en Ratisbona había sido ella la que pagara las costas de la guerra; y en cuanto al emperador, que muy á disgusto había consentido en la tregua, quería recobrar Estrasburgo. Y el emperador no era ya el débil potentado con quien tanto tiempo había tenido que habérselas Francia, sino que había reconquistado Hungría y rechazado á los turcos y tenía detrás de sí á la mayor parte del Imperio, al que tanto hicieran sufrir las armas y la política de Francia.

La opinión de toda Europa se mostraba contraria á

Luis XIV. La revocación del Edicto de Nantes había exasperado á los protestantes de todos los países; pero el rencor confesional no hacía más que reforzar, en algunos Estados, la animosidad general producida por la política francesa, que, con sus actos posteriores á la paz de Nimega, demostraba ser insaciable. La coalición de católicos y protestantes que en otro tiempo realizara Francia contra la casa de Austria, habíala ésta rehecho contra Francia.

Es cierto que cualquier otro rey de otro país cualquiera que se hubiese sentido fuerte por sí mismo y por la debilidad de los demás, como se sentía el rey de Francia en 1661, habría hecho uso de su fuerza; que, por otra parte, toda la historia antecedente empujaba á Luis XIV á las conquistas en las fronteras del Norte y del Este, y que, por último, la política más hábil y moderada no habría podido prevenir el inevitable conflicto entre Francia y sus vecinos (1). Francia había de querer fatalmente engrandecerse con los Países Bajos españoles y fatalmente había de querer Holanda impedirlo; y Holanda habría encontrado aliados puesto que tenía con qué pagar soldados y hasta príncipes y reyes. No cabe, por consiguiente, concebir el reinado de Luis XIV sin grandes guerras; pero en la dirección de la diplomacia y de la guerra se cometieron faltas de todas clases. La guerra debiera haber sido rápida, decisiva, terminante, y no prudente, estorbada por el bagaje de la magnificencia y mezclada con escapatorias á la residencia oficial de la corte, en donde los edificios, los jardines, las fiestas y las mujeres esperaban el regreso del soberano. Y además, nada puede justificar las ejecuciones militares y las destrucciones de territorios.

(1) Habría sido menester que Luis XIV fuese un grande hombre para seguir los consejos de Leibniz, quien hacía ver á Francia que no necesitaba guerrear para ser la señora del mundo, pues «la simple tranquilidad bastaría para debilitar á sus vecinos y para aumentar desmedidamente las riquezas de sus habitantes,» ó bien le aconsejaba, si es que quería servirse de sus armas, que las emplease en conquistas que valiesen la pena, como la de América, tan fácil, decía, ó la de Egipto, ó la del imperio otomano. Con la conquista de América, Luis XIV habría completado la ruina de España; dueña de Egipto y de las vías de Levante, habría «dominado á Holanda;» y conquistar el imperio otomano «habría sido el medio más útil y glorioso de garantizarse contra el emperador y de mortificar á los enemigos de Francia. La conquista de una hermosa y grande parte de la tierra habitada valía más, á lo que parece, que los miserables embrollos de los Países Bajos y del Rhin por la posesión de algunas aldeas y bañíos.» Leibniz insiste una y otra vez en la pequeñez é inutilidad de las conquistas en Europa, y opina que es cosa muy rancia querer derribar las familias reinantes y los imperios sólidos: «es una empresa insensata y contraria á la presente realidad de las cosas.» «Si Francia, dice, se hace dueña del mar, será soberana absoluta,» y se imagina á Pomponne pensando como él y declarando: «No considero las victorias terrestres como de gran importancia para la preeminencia política; en cambio, si tenemos la preponderancia en el mar, podremos despreciar sin peligro las sublevaciones de Austria y de España.» La medianía del rey y su vanidad de tomar ciudades para merecer medallas, relieves y preludios, no le dejaba comprender esas ideas tan nuevas; Colbert era el único que podía interesarse por ellas en los consejos del rey, y él fué quien impulsó á hacer la guerra de Holanda tal como se hizo, es decir, yendo á la conquista territorial directa. Por lo demás, si es cierto que sólo Francia «era capaz de trabajar en cosas tan grandes,» como dice Leibniz, no es seguro que hubiese salido triunfante de ellas. Pero todas esas frases del filósofo producen ensueños. Véase el libro ya citado de Baruzi, *Leibniz et l'organisation religieuse de la terre.*

La diplomacia fué demasiado páfida; Luis XIV nunca se creyó ligado por los tratados y en sus Memorias escribió este consejo para su hijo: «las palabras de los tratados» se parecen á los cumplidos que se estilan en la sociedad, y «tienen un significado que está muy por debajo de lo que dicen.» Violó casi todas las palabras que dió; á la muerte del rey de España, en vez de razones de guerra adujo argucias de procurador, y lo propio hizo después de la paz de Nimega para llevar á cabo las reuniones. Nadie podía fiarse de él, que al mismo tiempo que al rey de Inglaterra compraba á los republicanos ingleses. El «vengador de los reyes» apoyaba en Sicilia, en Hungría y en Transilvania rebeliones contra los soberanos respectivos; y el rey cristianísimo conspiraba con los turcos. La astucia perpetua ofendía tanto más á los que de ella eran víctimas, cuanto que nadie podía esperarla de un rey que hablaba «al mundo» en tan soberbio tono; las mentiras parecían más odiosas procediendo de aquel Apolo. Otro vicio de su política fué el orgullo, que se manifestó de todas maneras, en las inscripciones, en los bajos relieves de estatuas, en las pinturas, en los arcos de triunfo, en donde se reconocían las figuras humilladas de los pueblos vencidos, en ceremonias como las de las excusas de España, de Roma y más adelante de Génova, y finalmente en actos extraordinarios, como el de hacer la guerra á Holanda sin dignarse dar otra razón que lo poco satisfecho que estaba de la conducta de los Estados Generales.

Toda una literatura de libelos contra Francia se difundió por Europa, literatura compendiada, en cierto modo, en unas palabras escritas por Leibniz en el *Mars Christianissimus*, que se publicó en Colonia en 1684:

«Desde 1672 se ha resuelto en Francia que el rey, en lo porvenir, no habría de dar al mundo ninguna explicación de sus empresas, como habían procurado siempre hacerlo sus antecesores ú otros potentados publicando manifiestos superfluos.»

Leibniz se burla del tono de superioridad que adoptan los franceses para hablar á los demás pueblos, y de la ingeniosa impertinencia que nos creó tantos enemigos:

«Los señores franceses dan á entender demasiado con sus palabras y con sus acciones que no se preocupan de los juicios del vulgo, comprendiendo en este vulgo á los que no son de su partido, puesto que hoy en día, á menos de tener el alma francesa, no hay quien tenga la inteligencia bastante culta ni bastante elevada sobre lo comun.»

Señala el peligro de una restauración violenta del catolicismo, si bien opina que no es sólo la religión sino también el orgullo lo que dirige la política francesa:

«No hay que asombrarse si aquellos que tan frescamente son despojados... nos muestran los campos inundados de sangre cristiana para satisfacer la ambición de una nación, única perturbadora del sosiego público; si enseñan millares de hombres inmolados por el hierro, por el hambre y por la miseria, sin más objeto que poder escribir en letras de oro, en las murallas de París, el nombre de Luis el Grande.»

Los embajadores advertían la impopularidad de Francia; así hemos visto á Colbert de Croissi confesar la

aversión universal y la desconfianza de los ingleses, y el embajador de Francia en Turín escribía en 1682:

«Puedo asegurar á Vuestra Majestad, por haberlo observado bien desde que estoy aquí, que no hay en el mundo país alguno en donde los franceses sean menos amados que en éste, y en donde el poder de Vuestra Majestad causa más temor y desconfianza, sobre todo desde que se halla en posesión de la ciudad y del castillo de Casal.»

Los franceses estaban bien convencidos de que se amontonaban odios contra su patria y de que si algún día Francia era vencida, las represalias contra ella serían terribles. El mariscal de Villars refería en 1710:

«Todos hemos oído decir á Turenna, á propósito de la importancia de ciertas plazas que cerraban el reino, que, si se perdían, se vería á los párrocos con la bandera y á los ministros protestantes con todos sus fieles entrar en Francia detrás de los ejércitos.»

El otro motivo grande de inquietud, era, como hemos dicho, el agotamiento de Francia (1). Se había demostrado que el reino, cualquiera que fuese su «potencia natural» y en cualquiera «situación» en que «la Providencia» le hubiese colocado, no podía bastar, con su mal régimen fiscal, á los gastos de las construcciones, del lujo, de los tratados de subsidios, de la marina, del gran ejército permanente y de las guerras. Colbert lo comprendió así en seguida y de ello se preocupó y se lamentó; y sus lamentaciones repetidas, sus consejos y sus súplicas al rey son importantes documentos del reinado y severos juicios sobre Luis XIV.

Ya hemos visto en qué estado había hallado la hacienda del rey (2); un año de su gestión había bastado para mejorarla notablemente. Desde 1661 á 1662 los ingresos brutos subieron de 84 á 87 millones de libras y las cargas bajaron de 52 á 43 millones; la renta líquida que, en 1641, era de 32 millones de libras, fué al año siguiente de 44. Pero ya Colbert se incomodaba por las costumbres que veía adoptar al rey; los primeros quinientos mil escudos invertidos en Versalles le causaron gran disgusto y en septiembre de 1665 todavía los sacaba á relucir en la carta famosa que empieza por el tenor siguiente: «Vuestra Majestad regresa de Versalles...» Un día del mes de julio del año siguiente tuvo una explicación, cuyo recuerdo quiso dejar en una memoria que escribió al otro día. En el preámbulo de la misma excusa su atrevimiento en emprender «un oficio tan difícil;» hace más de seis meses que vacilaba «en decir las cosas fuertes» que el día anterior había dicho y que ahora repetiría, y espera, sin embargo, que sus palabras no disgustarán: «Confío en la bondad de Vuestra Majestad y en su alta virtud, en la orden que á menudo nos ha dado y reiterado de que le avisáramos si iba demasiado de prisa, y en la libertad que con frecuencia me ha concedido para expresarle mis sentimientos.» Estas precauciones no eran inútiles, porque las «cosas» que dice son realmente «fuertes.» «Hame parecido que Vuestra Majestad comenzaba á querer preferir sus diversiones y sus placeres á toda otra cosa;» y la censura por el aumento de gastos de sus caballerizas, por su juego y el de la reina, por sus fiestas y

(1) La bibliografía de la obra financiera de Colbert está en la pág. 77.

(2) Véanse págs. 77 y sigs.